

CAJAL, Máximo, *Sueños y pesadillas. Memorias de un diplomático*, Ed. Barcelona 2010.

Por Fernando Puell de la Villa
Profesor del Instituto Universitario
General Gutiérrez Mellado, UNED

Máximo Cajal López nació en Madrid en 1935 e ingresó en la carrera diplomática en 1965, en la que desempeñó cargos muy relevantes: director general de la Oficina de Información Diplomática (1978-1979); cónsul general de España en Nueva York (1981-1983), Lisboa (1997-1999) y Montpellier (2001-2002), y embajador en Guatemala (1979-1980), Suecia (1983-1985) y Francia (1994-1996). Durante los Gobiernos de Felipe González, fue secretario general de Política Exterior (1985-1988), representante permanente ante el Consejo del Atlántico Norte (1990-1991) y subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores (1991-1994). Tras su jubilación, el presidente Rodríguez Zapatero le nombró su representante personal ante la Alianza de Civilizaciones (2004-2009). Ha publicado también los libros: *El Convenio sobre Cooperación para la Defensa entre España y Estados Unidos* (Madrid 1990), *¿Saber quién puso fuego ahí! Masacre en la Embajada de España* (Madrid 2000) y *Ceuta, Melilla, Olivenza y Gibraltar. ¿Dónde acaba España?* (Madrid 2003), así como numerosos artículos en revistas académicas y en diversos medios de comunicación.

El 31 de enero de 1980, los telediarios de buena parte del mundo abrieron con una noticia estremecedora: el encierro de un nutrido grupo de campesinos mayas en la sede de Embajada española en Tegucigalpa, episodio brutalmente resuelto mediante el asalto e incendio del edificio por fuerzas policiales. A resultas de ello, murieron calcinadas 37 personas: dos ex-ministros, cuatro universitarios y 22 campesinos guatemaltecos –entre ellos el padre de la premio Nobel de la Paz, Rigoberta Menchú–, además de un diplomático, ocho funcionarios de la Embajada y una española que estaba realizando una gestión consular. Los dos únicos supervivientes fueron el campesino Gregorio Yujá,

ejecutado expeditivamente al día siguiente, y el embajador Cajal, que comenzó a convertirse en figura pública y en blanco de la ira de ciertos sectores ultraconservadores, que le tacharon de filocomunista y emprendieron una visceral campaña para desprestigiarle, que continúa dando coletazos (<https://cejil.org/comunicados/fallo-de-la-corte-de-constitucionalidad-guatemalteca-impide-declaraciones-de-violadores>).

Aquel luctuoso y todavía impune incidente condicionó toda la futura trayectoria personal y profesional del Embajador, como él mismo reconoce (pág. 355) y evidencia la lectura de su magnífico y apasionante libro de memorias. Lamentablemente, los españoles no suelen ser muy aficionados al género y, al contrario de lo que ocurre en países de tradición anglosajona, no abundan los políticos que, al término de su carrera, se toman el trabajo de legar a la posteridad sus vivencias y experiencias, lo que empobrece notablemente nuestra historiografía. Y esto es mucho más acusado entre quienes, a la sombra de los personajes de primera fila –más propensos a publicar memorias, en su mayor parte justificativas de su actuación–, mejor conocieron los verdaderos resortes y el sigiloso proceso de tramitación de las grandes decisiones políticas.

Por ello es muy de agradecer que el embajador Cajal haya realizado este esfuerzo, que nos ha puesto en condiciones de poder interpretar con mucho mejor conocimiento de causa los entresijos de la política exterior española de los dos últimos decenios del siglo XX. Éste es sin duda el principal mérito de la obra, sin pretender decir que no tenga otros, como, por ejemplo, sus sagaces retratos de personalidades tan singulares como los generales Franco y De Gaulle, de cuya entrevista privada de 1970 fue único testigo y de la que ofrece un minucioso relato (págs. 49-67), o los de conocidos estadistas, políticos y diplomáticos con los que tuvo estrecho trato: Francisco Fernández Ordóñez, Felipe González, Gregorio López Bravo, Laureano López Rodó, Fernando Morán, Olof Palme y Javier Solana, entre otros.

Nada más ponerse el libro a la venta en julio de 2010, el veterano periodista Miguel Ángel Aguilar, reputado conocedor de aquella época, destacó la vital importancia de contar con “testimonios brindados por trayectorias que suman la competencia

profesional y la pasión por el servicio público”, y más en un momento en que los españoles “volvemos a la práctica desenfrenada del deporte de la autodestrucción” y “nos adelantamos a lanzar por nuestra propia cuenta una nueva versión de la leyenda negra” (elsiglodeeuropa.es/siglo/historico/2010/884/884Aguilar.html).

Efectivamente, pocos de quienes siguieron de cerca la trayectoria profesional del embajador Cajal pusieron en duda su alto grado de competencia en el desempeño de las funciones que le eran encomendadas. Ahora, gracias a su libro –compendio de “Una vida dedicada casi por entero al servicio del Estado” (pág. 353)–, cualquier estudioso dispondrá de suficientes elementos de juicio para corroborar o rebatir lo que, en su tiempo, fue una opinión generalizada. Pero también a través de sus 368 páginas, el lector estará en condiciones de penetrar en la trastienda del espectacular proceso que, coincidente con la Transición democrática, permitió superar definitivamente el aislacionismo español de los siglos precedentes, situar a España en igualdad de condiciones dentro del concierto internacional de naciones y participar en alianzas y organismos internacionales, de los que había estado mucho tiempo ausente y a los que fue capaz de incorporarse con energía y decisión.

Según Celestino del Arenal, este proceso tuvo tres fases sucesivas y bastante definidas: una primera de normalización y homologación internacional de la naciente democracia (1975-1982); una segunda de definición de sus líneas maestras (1982-1986); y una tercera, en la que se terminó de perfilar el modelo diseñado (1986-1991) [“La posición exterior de España”, en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática. España 1975-1986*, Madrid 1992, pp. 389-428].

Durante todas ellas, una cuestión esencial, excepción hecha del largo y arduo camino hacia el ingreso en las Comunidades Europeas en 1985, fue el esfuerzo realizado para redefinir la política de seguridad y defensa y homologarla con la del resto de países occidentales, cuestión trascendental para la modernización de las Fuerzas Armadas y sobre la que incidió muy positivamente. Tres eran también los temas que había que abordar en esta materia: revisar la descompensada relación bilateral con Estados

Unidos; solicitar el ingreso en la Alianza Atlántica, y establecer lazos con las organizaciones defensivas europeas, en particular con la Unión Europea Occidental.

Máximo Cajal recibió el crucial encargo de renegociar la relación bilateral con Estados Unidos para reducir sus efectivos militares en España, debido a que su paso por la Secretaría General de Política Exterior coincidió con el momento en que el Gobierno de Felipe González se propuso materializar el plan esbozado en el llamado Decálogo de 1984 y cumplimentar lo aprobado en el referéndum de 1986. Las negociaciones fueron mucho más enconadas de lo previsto, debido a la firmeza de los representantes españoles al defender su postura y el escepticismo inicial con que la contemplaron los estadounidenses. No sorprenderá, por tanto, que el autor dedique casi el 20 por ciento de la obra a narrar, con minuciosidad y singular aporte de datos –la mayor parte de ellos desconocidos hasta el momento–, la complejidad y dificultades que hubo de afrontar para desempeñar airoosamente su tarea (págs. 137-208).

Aunque se les dedique menos páginas, son también de sumo interés otros aspectos de la obra, algunos de ellos bastante ignorados. Ejemplo de estos últimos sería la participación de una unidad de Sanidad Militar española en la Guerra de Vietnam (págs. 28-31) o los avatares del establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel, en el que Cajal jugó un decisivo papel (págs. 242-245). También desvela nuevas facetas acerca de otros temas algo más conocidos: los primeros pasos dados hacia la participación en las luego llamadas Operaciones de Mantenimiento de la Paz (págs. 219-222), el impacto del desplome de la Unión Soviética sobre la Alianza Atlántica (págs. 251-271), la negociación de los Acuerdos de Coordinación de las Fuerzas Armadas españolas con la OTAN, tarea culminada en el verano de 1991 (págs. 222-232), o la vinculación a la Unión Europea Occidental (págs. 232-234).

No cabe duda de que las memorias de Cajal resultarán de suma utilidad para los estudiosos de la política exterior española de las últimas décadas del siglo XX, pero también para cualquier lector interesado en conocer con más profundidad el proceso de transición y consolidación de la democracia en España, al poderlo contemplar desde una óptica distinta y bajo la lupa de uno de sus principales actores secundarios. Es evidente

que, en ocasiones, dará la sensación de que el autor se deja cosas en la mochila y queda un cierto regusto amargo por que no se haya decidido a ampliar o aclarar más algunos temas. Cabe decir, por último, que la lectura del libro resulta amena, gracias a la fluidez y elegancia del estilo y a utilizar un léxico totalmente asequible para el profano en la peculiar jerga diplomática.

Fernando Puell de la Villa
Profesor del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, UNED